Simone otra vez •

Simone de Beauvoir y el terror a la vejez*

Elena Poniatowska

Simone de Beauvoir, la mujer de letras más renombrada de Francia, publica 600 páginas sobre la vejez. Este libro no es un ensayo sino una *summa theologica*, el compendio de todo lo que puede decirse acerca de la vejez.

La escritora, que tiene un poco más de sesenta años, empezó a preocuparse por su vejez antes de cumplir los cincuenta. Ya en su libro *La fuerza de las cosas*, el tercero de su trilogía *Memorias*, Simone de Beauvoir escribía: "Envejecer es definirse y reducirse. Me debatí contra las etiquetas pero no pude impedir que los años me aprisionaran". Habla de sí misma con odio. Un día despertó diciendo: "¡Tengo cuarenta años!", y a partir de ese día no salió de su estupor. "¡En el fondo del espejo me acecha la vejez y es fatal!" Y la atrapó.

Simone de Beauvoir comprendió a la Castiglione, que rompió todos los espejos y empezó a detestar su imagen, las bolsas debajo de los ojos y este aire de tristeza que las arrugas le dan a la boca, haciéndola caer.

Esto me hace pensar que en realidad Simone de Beauvoir nunca supo lo que era el buen holgar. Incluso sus vacaciones, con esas exhaustivas y por momentos penosas caminatas por el campo, parecen pruebas para vencerse a sí misma.

La vi por primera vez en el Rosebud. Antes frecuentaba el Flore, luego Les Deux Magots. Simone de Beauvoir no se deja ir. Alerta, nada se le escapa. Habla mucho. Y cuando no habla, su rostro se tensa, inquieto, cansado, marchito; es también el de un pájaro de presa, ávido, lúcido hasta el dolor mismo.

* Texto tomado del libro de Elena Poniatowska: *Jardín de Francia*, Fondo de Cultura Económica, 2008, pp. 287-289.

Dejar llevarse a cuestas

Imposible que a Simone de Beauvoir se le haya subido una copa (al contrario, los whiskys y los martinis agudizan su visión del mundo). No logra hacernos olvidar su importancia y nadie se le acerca. "Si veo una rendijita, la saludo", me atreví a pensar, pero luego me di cuenta de que era imposible. Nunca sonrió y el mesero, que resultó filósofo, me dijo que Simone no podía dejar de llevarse a cuestas.

Simone de Beauvoir carga sobre sus hombros a otra Simone de Beauvoir, sobre la que se encarama otra Simone de Beauvoir, y otra, y otra, así hasta el infinito, y a la larga la Simone de hasta abajo se queja, llama al hombre, aúlla como una perra solitaria, como si aún pudiera estar en brama.

"Si ha llegado el momento de decir: nunca más, no soy yo la que me alejo de mis dichas pasadas; ellas se desprenden de mí: los caminos en la montaña rechazan mis pasos. Jamás volveré a caer, ebria de cansancio, en el olor del heno; jamás resbalaré solitaria sobre la nieve de la mañana. Nunca más un hombre."

Simone se lamenta amarga y amargada porque ya no es un cuerpo y sólo engendró libros.

Con razón escribió el gigantesco volumen *La vejez*. Sí, la vejez le infecta el corazón. Aunque conoció como todos nosotros a ancianos radiantes (ella misma cita a Anna Seghers con su pelo blanco, sus ojos muy azules y su sonrisa que la reconcilió con la idea de envejecer), Simone de Beauvoir nos dice que los viejos están fuera de todo. Sin embargo, esta sentencia lapidaria no puede referirse sino a los indigentes. ¿Fuera de la humanidad, Bertrand Russell? ¿Fuera de la humanidad, Pablo Picasso? ¿Fuera de la humanidad, Ho Chi Minh? (Cito a los grandes porque Simone de Beauvoir es grande.)

Simone de Beauvoir alega que además de vivir bajo el régimen del dinero, vivimos bajo el imperio del músculo, el deporte, la velocidad en todas sus formas. Por ello, los jóvenes marginan a los ancianos.

Resultaría chabacano decirle a la señora De Beauvoir que es vieja porque quiere. Algunos ancianos sienten que la vejez es la época privilegiada de su existencia, la edad de la sabiduría y de la paz. Claro que la pérdida de la virilidad y de la feminidad desespera, pero también comporta algunas ventajas. Alguna tarde Enrique Ramírez y Ramírez me dijo: "¡Si supiera usted la cantidad de tiempo que se pierde en asuntos amorosos!", como si se lamentara.

También Rosario Sansores me comentó en el crucero Antilles, en 1954, que nada la satisfacía más que amanecer sola. Se felicitaba de no ver en la

segunda almohada en la cama una cabeza de hombre. "¡Es un descanso créeme!" (Claro que yo no le creí.)

El hobby

Tendremos cada vez más horas de asueto, más posibilidades de tener un hobby. Se habla ya de la civilización del ocio, y muchos investigadores y especialistas se quiebran la cabeza para encontrar nuevas formas de utilizarlo.

Claro que en Simone de Beauvoir el problema no es envejecer, como quiere hacérnoslo creer, sino su soberbia frente a la muerte. La rechaza. No quiere que Sartre y ella mueran. Alguna vez escribió en su novela: *Todos los hombres son mortales*: "O veré a Sartre morir o moriré antes que él. Es horrible no estar allí para consolar al que sufre el dolor que uno le causa al partir..."

Sin embargo, no hay otra forma de vivir que aceptar la propia muerte y la de los demás. Simone de Beauvoir debería vivir en México una temporada, morder una calaverita de azúcar con su nombre, colgar una calaca en la cabecera de su cama, probar pan de muertos en el mes de noviembre, prender veladoras, y tarde o temprano ¡o se cura o se muere! ●

El equipo de DEBATE FEMINISTA, lamenta profundamente
el deceso de Doña Jesusa Ramírez Gama
madre de nuestra querida Jesusa Rodríguez